

**E**l Sha no encuentra país que le acepte; Estados Unidos le insta a que se vaya ya. Puede hacerse cualquier reflexión acerca del "sic transit gloria mundi" o el "sombra mía no soy" y su aplicación a la política internacional; países que desplegaron sus mejores alfombras rojas en los aeropuertos para recibirle, grandes familias gobernantes que le visitaban en su palacio, le niegan ahora sus visados de entrada, y no es más criminal, o más inocente, de lo que era antes. Al margen de esta filosofía barata y de tango — "cuando estén secas las pilas de todos los timbres..." — el dato vale intrínsecamente en este caso para demostrar que lo que ha levantado Jomeini es algo más que un caos, y que su personalidad va más allá que la de un loco: o que caos y locura, si se quiere, representan siempre un papel importante en este mundo. Se dice que no es sólo Irán quien presta de la ostensible manera en que lo hace, sino que le secundan, en este aspecto, los países árabes productores de petróleo, que han hecho gestiones discretas con los Gobiernos que podrían ser proclives a albergarle. Quizá algunos de estos Gobiernos lo hagan por una sola razón: temen a sus propias masas. La revolución que Jomeini ha puesto en marcha está, por ahora, en pleno vigor. Este es el dato.

La oferta de Sadat sigue en pie. Egipto hizo una verdadera exhibición, de las de alfombra roja, Gobierno en pleno y tropas rindiendo honores, cuando el Sha partió al exilio. La oferta de exilio dorado sigue en pie. Es una conveniencia de Sadat: si hay dos bandos en el mundo en este caso, Sadat quiere elegir claramente uno y recibir a cambio las garantías, las seguridades, el dinero y las armas que corresponden a una fortaleza. Pero a los Estados Unidos, y al propio Israel, no les conviene esta definición. Interesa todavía que Egipto conserve una fisonomía de país árabe razonable y moderado, de adelantado de lo que deben hacer los demás, incluso de batallador por los intereses de los palestinos y de los árabes en general. Es una máscara rota y despintada, agrietada; pero la nueva acogida al Sha la despedazaría aún más.

En tanto, la crisis que el secretario general de las Naciones Unidas, Waldheim, ha considerado como la más grave que ha co-



nocido el mundo desde la del Caribe — los cohetes soviéticos en Cuba, 1962 — sigue latente. Los países que rechazan al Sha no vacilan en repudiar, en el Consejo de Seguridad, la ocupación de la Embajada de Estados Unidos en Teherán y el mantenimiento de rehenes; pronto lo hará el Tribunal Internacional de La Haya. Se trata de principios, y de principios muy válidos. El respeto a las misiones diplomáticas y la retención de rehenes de cualquier clase sobrepasan los principios de la hipocresía; son progresos muy válidos de una forma de civilización. El abuso de las Embajadas al servir de base a formas de espionaje no es un descubrimiento de Jomeini, que denuncia ahora como miembros de la CIA a algunos de los diplomáticos secuestrados; las denuncias aparecen de cuando en cuando, y los Estados expulsan a estos diplomáticos indeseables, convertidos en personas "non gratas". Los derechos del hombre, las Naciones Unidas, organismos privados como Amnesty International, el Tribunal de La Haya, representan unos valores convenidos. El hecho de que esos valores se violen frecuentemente o de que los principios no se cumplan no justifica su abolición: su consecución plena representa un factor de lucha, un sentido de la vida política internacional. Cuando los Estados Unidos, cuando la Unión Soviética, se han desviado del cumplimiento de estos princi-

pios — por citar los dos países más representativos —, aun acudiendo a subterfugios o a interpretaciones legalistas o a razonamientos que trataban de dar sensación de su justicia, la opinión pública se lo ha negado. Entendamos que todo el conjunto de principios que tienden a la suavización de las relaciones internacionales e incluso a limitaciones

determinadas de soberanía son una conquista de los pueblos, por encima de los gobernantes. La misma vigilancia que ejerce la opinión pública mundial sobre Carter para condenar un desatino si que pudiera entregarse en este momento, demuestran su valor positivo. Hace unos años, los Estados Unidos hubiesen actuado de otra manera. Hoy no



Hassan Baniadr fue sustituido como ministro de Asuntos Exteriores del Irán por Sadeh Ghotbzadeh, director de la Radiotelevisión y brazo derecho de Jomeini.



puede. O no puede por el momento. El valor de conciencia se pierde en ciertos momentos, y quizá si el mundo occidental se sintiese demasiado ahogado por el problema del petróleo, fondo único y real de la crisis, la conciencia pudiera callarse.

Este es el riesgo esencial de la crisis. La votación de dos países comunistas en la reunión inicial del Consejo de Seguridad, Unión Soviética y Checoslovaquia, iba directamente —según sus discursos— a reducir el fenómeno de la crisis: condenando la violación de principios de Jomeini, advierten que no debe realizarse ninguna intervención que amenace la soberanía del Irán y las conquistas de su revolución. Dicho de otra forma, la Unión Soviética teme un tipo de conflagración que sucediese al borde de sus fronteras y que conmoviese hasta el paroxismo a un mundo islámico que tiene no sólo en esas fronteras, sino en el interior de su territorio. Hay indicios de que Cuba está actuando como mediadora. Cuba tiene una posición legal y oficial para hacerlo: preside la organización mundial de los países no alineados, organización que, según se desprende de la doctrina de la reciente Conferencia de La Habana, tiene muchos motivos para defender la revolución antiimperialista jomeinista, pero que sobre todo tiene interés en contener un conflicto abierto. Aparte de este derecho legal de Cuba a intervenir en una negociación, y de la conveniencia personal de Fidel Castro de ser protagonista de una salida, es indudable que la URSS está detrás: hasta ahora, todos los movimientos internacionales cubanos coinciden enteramente con la política del Kremlin.

La cuestión está en saber si Jomeini ha desbordado ya todos los límites posibles, y si la mediación de Cuba no podrá tener más éxito de la que tuvo la de la Organización de Liberación de Palestina, del propio Yasser Arafat. Jomeini no está encontrando en estos momentos más que motivos para justificar su acción, a partir del antes citado del rechazo del Sha por parte del mundo. La votación del domingo pasado en el Irán ha consagrado la Constitución teocrática de una manera masiva y absoluta: el país queda gobernado por un consejo de dirigentes religiosos, presidido por Jomeini, y los poderes son absolutos. Cualquiera, naturalmente, puede dudar de la validez de un

referéndum, realizado en estas condiciones de pasión y de opresión, sin la menor posibilidad de una propaganda en contra; cualquiera menos, desde luego, Jomeini. Los partidos no religiosos han aceptado el principio de la Constitución; la izquierda, disidente de Jomeini cuando vio el cariz que tomaba su dictadura, se pliega ahora. No quedan más disidencias que las de los kurdos

que hizo la semana pasada a un grupo de periodistas internacionales son duras, violentas, pero no son irrazonables: es decir, ninguno de los periodistas presentes ha transmitido su impresión de encontrarse delante de un loco. Señala que el Sha es un criminal de derecho común y los Estados Unidos son los que violan convenciones internacionales al darle asilo; que si ciertos Go-



El odio a la familia del Sha es evidente. En una calle de Teherán, un grupo de muchachos disparan sobre el retrato de la ex Emperatriz.

y las de algún grupo que elige la guerrilla y la clandestinidad. El respaldo del mundo árabe es creciente, los principios de la "guerra santa" están establecidos. Mientras, Occidente está paralizado por el terror y la URSS ve la inmensa conmoción que podría sufrir con el conflicto. Todo ello, y el vivir dentro de la pasión que él mismo ha puesto en marcha, hace sospechar que el ayatollah puede creer que no hay ningún punto de regreso. Las declaracio-

niernos árabes son marionetas de las grandes potencias lo hacen "sin darse cuenta", pero que pronto estarán a su lado como lo están ya sus pueblos; que está seguro de que las otras naciones occidentales no van a permitir a Carter que le haga la guerra; que si el clero chiita no está en condiciones —"según sus enemigos"— de dirigir el Irán, nadie puede pensar que Carter es un hombre competente para dirigir los Estados Unidos. Ciertamente que los

locos suelen dar aspecto de gran cordura, y que tienen sus razones internas que pueden chocar con la realidad externa; pero la impresión es la de que Jomeini sabe lo que hace y tiene la revolución en sus manos.

Lo que no se puede saber es si tiene en sus manos la situación internacional, si sobreestima lo que considera como adhesión y lo que le parece una justicia absoluta —indiscutible, puesto que viene de Dios—. Lo que hay al extremo de esta cuerda que mueve es explosivo: desde una guerra mundial —en el caso máximo, poco probable, pero siempre posible— hasta una yugulación económica de Occidente, que a la larga supondría el mismo riesgo. Es, como hemos dicho en otro momento, un problema de computadores del Pentágono y del Departamento de Estado, más que la sola decisión de Carter que, realmente, no es el dirigente indicado para un país ni para el mundo, y a quien la crisis le ha sorprendido en una situación de desprestigio máximo. Puede suceder que el grupo de cerebros electrónicos, alimentado indudablemente por programadores determinados, llegue a la conclusión de que este es el único momento posible de cortar por la vía que sea la revolución del petróleo y la insurrección de una zona amplísima del Tercer Mundo, y que después sólo podrá sobrevinir una muerte lenta. Es indudable que el grupo de cerebros habrá tenido también alimentación suficiente acerca de una serie de datos: la falta de preparación de todo el mundo occidental para una guerra, la inseguridad de ganarla, el inmenso riesgo de repetir, multiplicada por mucho, la aventura del Vietnam.

Todo ello puede actuar como un freno sobre Carter. Está actuando ya, y todo indica que los Estados Unidos tratan, sobre todo, de enquistar la crisis, de reducirla creando en torno suyo un tejido acolchado. Lo que es más difícil de saber es si toda la gran masa musulmana cree ya que este es el momento de su vieja reivindicación. Eso, ni el propio Jomeini lo sabe. En cualquier caso, y aunque esta crisis se apague —y todo parece hacer suponer que llegará a apagarse—, el mundo no será ya lo que fue antes de ella. Los mecanismos que se han puesto en marcha, desde los económicos hasta los psicológicos, son de los que no se detienen. ■